

La parábola

provocación a mi libertad

Don Luigi Giussani, El sentido religioso, Capítulo XII

La realidad es un signo, me habla de este Otro que mi corazón busca incasablemente. Vimos en los encuentros precedentes que la experiencia de Puntos Corazón nos educa poco a poco a tener una cierta postura frente a la realidad, a tener una actitud de compasión que nos dispone a ver en cada cosa, y particularmente en las que son marcadas por la cruz, las huellas y la belleza de este Otro.

Cuando Cristo se pone a enseñar, nos dice Marcos (Cap.4), lo hace con parábolas. Así, la divinidad ahora encarnada viene a nosotros otra vez y como siempre bajo el velo del signo. Es, dice Don Giussani, que Cristo se dirige a una persona de la cual él busca una adhesión libre. Una razón abierta, como lo hemos visto, en búsqueda; pero una razón capaz también de dar la espalda a lo que entre percibe.

Ahora debemos ponernos en el juego con otro factor esencial en la definición del hombre. Hasta ahora, nos interesamos al factor de la razón, conciencia; ahora nos acercamos al factor « libertad ».

El mundo como parábola

La libertad se pone en juego a sí misma en ese terreno que llamamos signo. Recordemos que el mundo demuestra la existencia del *quid* último, el misterio, a través de ese modo que se llama «signo». El mundo «enseña» a Dios, muestra a Dios, como el signo indica aquello de lo que es señal. La libertad se juega en este terreno: ¿en qué sentido? Actúa en el terreno de la dinámica del signo ya que éste es un acontecimiento que hay que *interpretar*. La libertad entra en juego al interpretar el signo. La interpretación es la técnica del juego; y la libertad actúa dentro de esta técnica.

Por usar un ejemplo evangélico, el mundo es como una parábola. «¿Por qué hablas en parábolas?», le preguntaban los apóstoles a Cristo. «La gente no te entiende». Pero, apenas él había narrado la parábola, en cuanto la gente se marchaba, corrían detrás de él y le decían: «Explicanos la parábola». Otros, por el contrario, se marchaban. El mundo es una parábola: «Yo hablo en parábolas para que viendo, puedan no ver, y oyendo, puedan no oír». Es decir: «Hablo en parábolas para que salga a flote su libertad, lo que ya han decidido en su corazón»¹.

Si tú eres «moral», esto es, si estás en la actitud original con la que Dios te ha creado, en una actitud abierta a lo real, entonces entenderás, o al menos buscarás, preguntarás. Si, por el contrario, no estás ya en esa postura original, si estás alterado, falseado, bloqueado por el prejuicio, entonces eres «inmoral» y no podrás entender. Éste es el carácter dramático supremo que tiene la vida del hombre.

El mundo, al tiempo que desvela, «vela». El signo desvela, pero al mismo tiempo vela. Y es solamente una atención particular lo que, debajo o detrás de un paño aparentemente inerte, te permite sentir la vibración del cuerpo vivo que está oculto en él; no sientes nada si es un maniquí, pero sientes en cambio a un cuerpo vivo.

Suponed que vamos a una galería donde se halla expuesto un hermoso cuadro; lo han puesto en una sala preparada con luces indirectas, que no se ven, para no alterar la visión del cuadro. Si yo entrara contigo y te dijera

¹ Cf. Mt 13,10ss.

«¡Aquí no hay luz!» , tú me dirías: «¡No bromees!». Imaginemos que yo te repitiera entonces: «Mira, que no hay luz», tú reafirmarías: «No seas ridículo, déjame ver el cuadro». Pero si yo siguiera insistiendo «¡No hay luz!», ¿acaso me responderías «Vamos a buscar una escalera y veremos dónde están ocultas las bombillas »? Si hubiera necesidad de esto ninguno de los dos sería razonable. En efecto, ¿por qué hay luz? Porque se ve el cuadro. Y suponiendo que, al no encontrar ninguna escalera para constatar donde estaban las luces, saliera afuera diciendo «¡No, no hay luz!», sería todavía menos razonable, estaría claramente encerrado en mi prejuicio.

Del mismo modo, si no se reconociera la fuente de sentido y de luz que es el misterio de Dios, el mundo sería, como hemos dicho anteriormente citando a Shakespeare, «una fábula contada por un idiota»².



La postura positivista es semejante a la de alguien que, igual que los miopes, acercase sus ojos a un centímetro de un cuadro y, fijándose en un punto de color, dijera «¡Qué mancha!» , y, al ser el cuadro grande, pudiera recorrerlo todo, centímetro a centímetro, exclamando a cada paso: «¡Qué mancha!». El cuadro le parecería un conjunto de manchas diversas sin sentido. Pero, si se colocara a una distancia de tres metros, vería la pintura en toda su unidad, con la perspectiva apropiada, y diría: «¡Ah! ¡Entiendo! ¡Qué hermoso!». La medida positivista parece que mira el mundo con una grave miopía.

Einstein estaba muy lejos de esta miopía cuando afirmaba la implicación enigmática última que tiene la realidad, y, por tanto, ese valor de signo que constantemente hace vibrar al mundo: «La emoción más bella y profunda que podemos percibir es el sentido del misterio; ahí está el germen de todo arte y de toda ciencia verdadera»³. Y por ello podía lamentar el desconsuelo sofocante que se deriva de esa miopía: «Quien cree que su vida y la de sus semejantes está privada de significado no sólo es infeliz, sino que apenas es capaz de vivir»⁴.

Así, pues, la seriedad de cada paso empírico o de cada preciso acto científico exige que estén atravesados también por una referencia global al horizonte humano; deben «ser signo» de una pertenencia más alta, aunque sea enigmática: «La preocupación por el hombre y por su destino debe constituir siempre el interés principal de todos los esfuerzos técnicos; no lo olvidéis nunca, en medio de vuestros diagramas y vuestras ecuaciones».

² W. Shakespeare, *Macbeth*, acto V, escena V.

³ A. Einstein, *Mi visión del mundo*, Tusquets, Barcelona 1986.

⁴ Ib.